

lencia, desciende en la prisión a las ocupaciones menos varoniles. Un día, descubierta su antigua condición de jurista por un jefe bolchevique, es enviado a servir un alto cargo en el ejército que lucha contra los blancos.

Extraña existencia, se dirá. ¿Puede ser esto la evolución de un hombre? Acaso no. Es simplemente el nuevo emplazamiento de una existencia humana que no se somete ni se rebela, que vive nutriéndose de este aire nuevo de tragedia, husmeando gozosa el mañana, sin dar importancia a la envoltura carnal que ya no vale nada. Todo vínculo con el pasado—familia, rango, honores,—ha desaparecido. — *Lautaro Yankas.*

UN CONTE DE BONNES FEMMES,  
por *Arnold Bennett.*

Interrogado Arnold Bennett por un periodista francés sobre su arte de novelar, declaró que había tratado de temperar el naturalismo algo científico de los Goncourt con la estilización psicológica de Maupassant y a la impersonalidad algo desdeñosa de los franceses, había agregado la simpatía varonil de los rusos.

Buscaba Bennett sus antecedentes literarios fuera de Inglaterra y esto es muy razonable si nos concretamos al arte de la composición, a la técnica del novelista, más continental en Bennett que en otros escritores ingleses modernos. Su íntimo contacto con algunos escritores franceses (sus viajes

a Francia eran periódicos) lo indujo a renovar su arte y a hacer más liviana para sus lectores la tradicional tendencia de los novelistas ingleses a la moralización. Y a las fuentes rusas, fué en busca de humanidad, de altruísmo.

Tales doctrinas figuran a menudo en sus artículos periodísticos, sobre todo al comentar la obra de algún escritor joven a quien señala paternalmente sus deficiencias, dándole al mismo tiempo, los remedios para corregirlas. Estos remedios son la técnica francesa y el humanitarismo místico de los eslavos. Flaubert y Maupassant, Tourgueneff y Dostoyeski.

No son análisis profundos ni consideraciones estéticas sino consejos amables, sin asomo de pedantería ni dogmatismo, de un escritor fogueado que alcanzó la cima de la celebridad al joven principiante cuyo porvenir le interesa. Muchos escritores nuevos debieron su notoriedad a la generosa acogida del Tío Bennett, como se le llamaba cariñosamente en los círculos literarios y sociales de Londres, a donde acudía periódicamente, con su gesto bonachón, y su cortés asiduidad, como un buen burócrata esclavo de sus obligaciones o como el periodista que supone perdido el prestigio del diario si no ha llevado su artículo oportunamente.

Bennett es un cosmopolita por su cultura y por sus relaciones literarias, pero en su genio es fundamentalmente insular. El mismo Bennett no advirtió jamás esta modalidad de su temperamento. Créase poco inglés, seducido por la novedad

de las cuestiones estéticas que defendía, sin pensar que los asuntos de sus novelas, su regionalismo y las preocupaciones morales discretamente esparcidas en la trama de todos sus libros, continuaban la tradición de George Elliot y de Tomás Hardy. Agreguemos todavía el humor. No es, claro, su resorte principal, pero como una atmósfera invisible colora su prosa y fija en ella matices raciales. Son observaciones menudas, pinceladas rápidas, que brillan y se apagan a través del relato, como si el autor no quisiese prodigarlas, y, sin embargo, son un elemento característico de su personalidad. No constituyen la armazón entera de la novela como en el caso de Dickens, pero de éste deriva en línea recta. Desde luego, por su pintoresco don del detalle y en seguida, por la prodigiosa facultad de anotar el hecho cotidiano y convertirlo en algo esencial y novedoso.

Nacido en la región alfarera de Staffordshire (que ha inmortalizado con el nombre supuesto de Cinco Villas) Arnold Bennett ha hecho de su tierra natal una especie de Wessex industrial, pero su genio liviano, limitado, no posee la angustia mística y trascendental de Tomás Hardy ni esa cualidad de crear tipos humanos representativos como Judas el Oscuro o como Teresa la de Urberville.

Hay en él, para acentuar la raíz anglosajona de su temperamento, cierto cinismo, trasposición de la sinceridad, de la honradez individual, frente al fariseísmo de la sociedad inglesa y a la hipocresía de

los novelistas que halagan, por negocio, los defectos colectivos.

Y como resultado lógico de esa sinceridad, es enemigo nato del sentimentalismo, que considera como la máscara de la hipocresía sexual.

Como Conrad, como Hamsum tiene Bennett la cualidad suprarrealista de encontrar en el ser humano la nobleza que se esconde bajo los hechos vulgares y que aparece con frecuencia sin que los hombres se den cuenta de ello, porque obran al impulso de algo ajeno a sus voluntades, de una ley específica que la superioridad del ser humano, la cualidad que termina por redimirlo de todas sus bajezas.

Así se explica el interés humano de sus héroes, anónimos burgueses de Cinco Villas, ya defendiendo obstinadamente sus tradiciones o rompiéndolas, en un repentino arranque libertario. Y con ellos, los animales que integran la vida del *home*. A veces este sentido cósmico, por contraste, se acerca a lo grotesco como en el caso de esa perrita que no quiere probar su comida, después de la muerte de su ama y recorre los aposentos y aúlla en cada rincón como si tuviera un alma consciente y dolorida. No es otro el secreto de esta Historia de dos ancianas, cuyo origen relata el propio Bennett en el prefacio de su novela.

Comía, con frecuencia, en un restorán de la calle de Clichy, en París. Una linda criadita servía alegre, despreocupada, a sus clientes. Una tarde, entró al comedor una mujer vieja, ridículamente gorda y mal vestida. La joven se burló

cnicamente de ella. Ante tal contraste, pensó Benett que esa mujer había sido joven, quizá tan bella como la otra, y, sin embargo, había llegado a convertirse en esta informe masa de carne.

Algunos años más tarde publicó su novela. Según los críticos ingleses «Un conte de bonnes femmes» es una obra maestra, por la finura de los análisis psicológicos del medio y de los personajes y por la novedad del procedimiento narrativo empleado por Benett.

A este procedimiento, algo arbitrario, le han encontrado otros críticos londinenses muchas fallas, afirmando que sólo la virtuosidad del artista había salvado el sistema.

En «Un conte de bonnes femmes» ha procedido Benett por la técnica del paralelismo, usada ya por él en otras novelas. Es, ante todo, la minuciosa pintura del medio burgués (el hogar de la familia Baines en la plaza del pueblo de Bursley en Cinco Villas) donde las dos hermanas, Constanza y Sofía, la tesis y la antítesis, nacen y crecen, en el grado 63 de latitud Norte, hasta que el destino se apodera de ellas y les marca sus derroteros.

Paso a paso, sigue Benett la vida de las dos hermanas, la que permanece en el viejo *home* y continúa la tradición religiosa y comercial de los Baines y la que rompe los convencionalismos y se escapa con el hombre que ha despertado su imaginación de muchacha voluntariosa.

Son, en realidad, dos novelas distintas y no existe entre ellas más conexión que el origen común de

las heroínas y de los personajes episódicos, en este caso los maridos y sirvientes domésticos, los hijos y los animales que completan el perfecto cuadro hogareño.

Y la síntesis, finalmente, al reunirse las dos hermanas, ya viudas, bajo el hogar paterno, de nuevo en la vieja urbe alfarera, regañonas y maniáticas, hasta que la muerte interrumpe sus diálogos vulgares, sus discusiones y sus prejuicios.

¿Y qué, en resumidas cuentas?

Una epopeya burguesa, cuya trama no tiene rebuscamiento alguno (concepto maupassantiano de la novela) ni los personajes son seres de excepción. No luchan contra un medio hostil sino parcialmente. Descartado entonces, el dramatismo que es la esencia de los escritores rusos; sin embargo, la novela abunda en episodios dramáticos y de toda ella se desprende un suave aroma de piedad, de simpatía humana, consecuencia de la justeza de la observación y de la maestría técnica de Benett.

Otro tanto podemos decir de la pintura objetiva del medio ambiente, ya sea de las escenas urbanas en Bursley como del sitio de París o de la ejecución de un asesino, por medio de la guillotina, que presencia casualmente uno de los personajes de la novela.

Y Benett, el materialista, el incrédulo, viene a enlazarse de este modo, por un prodigio de sensibilidad, con Dickens, el pintor de los humildes y de los desheredados, en la historia vulgar de las hermanas Baines que representan, no obstante, dos generaciones en lucha: la

antigua, conservadora y pietista, con la moderna, consciente de sus derechos y en rebeldía franca contra los prejuicios tradicionales de la vieja sociedad inglesa.—*Mariano Latorre.*

## POESIA

LAS ALAS DE METAL (1).—*María Alicia Domínguez.*

Sabe toda la América lo desmesurado del chauvinismo argentino en cosas literarias: se calculará así la nombradía que María Alicia Domínguez tiene en el Plata.

Si con poetas de segundo orden han querido invadir el continente, no extrañará a nadie que la obra de esta mujer, de temperamento bien personal y con obra muy cercana a la realización definitiva, alcance una popularidad inusitada.

¿No hicieron de Leopoldo Lugones, con la fría elegancia de su verso pueril, el poeta máximo de Sud-América? Y aunque a nadie engañan, la sonajería de una propaganda bien organizada atrae a no pocos y desconcierta a la generalidad.

En todo caso, ese chauvinismo insistente, y a veces majadero, va formando en el ambiente literario argentino nombres que se respetan y que se aplauden.

En cambio, en Chile tiene inevitablemente que ser mediocre todo lo chileno. A la Mistral, a Magallanes Moure, a Pedro Prado, a Barrios y a algunos otros, ¿no les

vino desde América o desde España el renombre de que gozan? Y el ambiente nuestro se somete con dolor al elogioso juicio extranjero...

Estas cosas me han venido a la pluma al comentar de paso «Las Alas de Metal».

Sano espíritu de mujer, negado a la sensualidad enfermiza que tanto halaga a figuras descollantes de la lírica femenina moderna, María Alicia Domínguez siente el paisaje de su tierra y sabe cantarlo en versos llenos de color. Estrofa clásica y espíritu del momento, versátil y apasionado, tiene a veces entonaciones varoniles como en el «Canto al sol indio» y «Canto a la pampa» dos aciertos de expresión y de imágenes.

Pero no está aquí el temperamento rico de la poetisa. Está en lo íntimo, en el ensueño de su égloga, en la sencillez con que pinta su Buenos Aires amado, su adolescencia y sus primeras vacilaciones del alma.

Con grandes cualidades pictóricas—descripciones en que asoma siempre la pincelada subjetiva—su poema «Las Barcas» es una pequeña obra maestra.

María Alicia Domínguez tiene seis libros publicados, y en cada uno de ellos marca un seguro avance. Con un dominio casi completo de la técnica del verso, el correr de la vida le irá llenando el vaso de las emociones, y dará en un futuro no lejano la obra que habrá de colocarla junto a las grandes poetisas de América. Estas «Alas de Metal» son augurio evidente d

(1) Editorial «La Facultad». — Buenos Aires, 1930.